

Oficio



› Empresa de Teléfonos de Medellín. Fotógrafo: Francisco Mejía. 1931.

–Hola, dije, ¿tienes minutos?

Me hizo un bizco para recalcar la estupidez de la pregunta. No andaba de buenas pulgas. Debajo de esa casaca promocional se intuía una mujer de formas opulentas, de un palpitante atractivo. No sé por qué el nombre de minuterera y ese cuerpo producían en mí extrañas e íntimas fantasías. Lo curioso es que de su chaleco se desprendían por lo menos seis cadenas como tentáculos, de cuyos extremos colgaban celulares de los viejitos.

“Qué minuterera tan bonita”, pensé mientras le dictaba el número de mi anciana madre.

Fernando Mora Meléndez. “Me enredé con una minuterera”. *Universo Centro* 5, 2009.





› Paola Murillo Palomeque, Parque de San Antonio.



› Indira Bonolis, Parque de Berrío.



› Blanca Ospina, Plaza de las Esculturas.



› Tatiana Tejada, Parque de Boston.



› Marllori Valencia, Plaza de Cisneros.



› Jacqueline Murillo, Plazuela de San Ignacio.



› Carmen Cecilia León de Vargas, Parque de Bolívar.

Oficio



› Melitón Rodríguez. 1892.

Dada la disposición del cuerpo del cliente y del oficiante, se podría pensar que el primero domina al segundo, pero es al contrario. Desde su pequeño trono de hule abollonado que otros llaman banquito, el ilustre lustrabotas domina el ritual. Parece decir: "déjeme a mí este botín, mientras usted se refugia en su periódico". Y entonces comienza la escaramuza de cepillos, betunes y trapos de color indescifrable. Un par de dedos entablillados se sumergen en la caja y esparcen la oleosa sustancia por toda la forma del zapato, la más humana de las prendas que acompañan este viaje. ¡Un zapato, dame un zapato y descifraré los hábitos de esta alma que los calza! Polvo y polen de las calles transitadas, mapa de cuero de los días y sus rodeos.

El lustrabotas limpia, pule y da esplendor. El cepillo va y vuelve, cae la tapa del betún con retintín, y luego la tonada percutida del trapo bien templado. Música de cerdas y olor a alquitrán, mientras algún silbo ameniza el ejercicio, cuando un comentario lisonjero sobre la calidad del cuero, los dimes y diretes del fútbol y la política.

Aguardan con la nobleza del cordobán la llegada de otro cliente. Y mientras esto sucede, tiran entre sí sus chascarrillos, exhiben el último tache de su caja colorida como una chiva de pueblo, o se fugan en un viaje imaginario que dura lo que dura una lustrada.

Fernando Mora Meléndez, *El ilustre oficio*.





› Parque de Boston. Gustavo Yépez.



› Plazuela San Ignacio. Jesús Antonio Daza.



› Parque de San Antonio. Enrique Sánchez.



› Plaza de Cisneros. Huber de Jesús Hoyos.



› Plaza de las Esculturas. Javier Herrera.



› Parque de Bolívar. Alexander Rodríguez.



› Parque de Berrío. Karen Roldán.



› Plazoleta de la Veracruz. Jesús Ángel Londoño.

Oficio



› Anónimo. Del álbum de la Sociedad de Mejoras Públicas. 1925.

Hace noventa años las hermanas Melguizo se inventaron en Medellín un aromático negocio. El café era todavía una especie de excentricidad árabe en la ciudad: “el tinto se tenía como un refinamiento de extravagancia y sólo lo tomaban después de las comidas los señores principales, acompañado de un cigarrillo de Ambalema”.

Las Melguizo les colgaron a algunos niños vestidos con pantalón “cogepuerco” una elegante caja de madera con pocillos de loza, azucarera, cucharillas y termos de café. En poco tiempo los niños tinteros se convirtieron en una sensación. El tintineo de porcelana en los alrededores de los teatros y los parques principales prometía un placer exclusivo. Pasó la novedad y los niños se volvieron legión y plaga citadina. La mugre de los pocillos y el nuevo encanto de los cafés acabaron con la repartija en la década del cincuenta.

El café ha regresado en termos y las ollas descomunales burbujan en las madrugadas. En la cocina está el maestro tintero con su delantal, su cucharón y la postura del *sommelier* a la hora de catar el producto. Lo acompañan los dos encargados de llenar los termos, que trabajan sin miedo a las quemaduras y a los regueros. Los siete días a la semana, las veinticuatro horas del día, dos despachadores se encargan de llenar los termos de 300 tinteros –el noventa por ciento son mujeres– que inician sus recorridos con la esperanza de cambiar los brebajes por monedas de 200 contantes y sonantes.

Pascual Gaviria. “Termo King”. *Universo Centro* 15, 2010.



